

¿C

ALCUTA? Se me había dicho y repetido que El Cairo estaba a punto de hundirse en la mayor de las miserias, a punto de —permítaseme la expresión— «calcularse».

El Cairo es maravillosamente (o terriblemente) semejante a sí mismo: abundante, leproso, lagunoso, innumerable... Los precios se han duplicado, pero los escaparates están repletos de mediocridades, y en torno al Mídan el Tahrir, por el enorme anillo que domina la plaza y el Nilo, la multitud, que deambula como en los zocos de las antiguas medinas, ha trocado, en una proporción de uno por tres, la vieja chilaba por la americana de lúgubre aspecto. ¿Un paso atrás? En otro plano, sin embargo, se ha dado un paso al frente: el doble desastre de la derrota del Sinaí en junio de 1967 y la muerte del Rais en septiembre de 1970, no ha conseguido reducir a este pueblo de vitalidad sin par. Es cierto que le ha enturbiado la vista y ha dado un carácter vacilante a su andadura, pero lo que, tratándose de otro país, hubiera podido constituir el tiro de gracia, aquí no ha pasado de ser un «rapapolvo», una severa amonestación. Las raíces del árbol egipcio siguen creciendo derechas, pero, ¿hacia dónde?, ¿en qué dirección? ¿Qué se pretende cosechar?

A principios de marzo, el precio de la carne sube vertiginosamente. Los consumidores enloquecen en un primer momento, para reflexionar luego. Con la anuencia e incluso el estímulo de determinadas personalidades oficiales, se forman asociaciones de consumidores, que amenazan a los cuatro mil carniceros de El Cairo con hacer la «huelga de la compra». Unos días después, se celebra en El Cairo una conferencia de la Unión Socialista Árabe, partido único del país. Toma la palabra un importante personaje: «¿No son los camaradas carniceros miembros de la USA con los mismos derechos y obligaciones que los camaradas consumidores? Este conflicto en el seno de nuestra organización nacional es fratricida e impío: constituye la ruptura de la unión sagrada. Es preciso que acabe esta huelga que nos divide». De este modo se consigue que los ciudadanos entren en razón, con lo que se salvan los superbeneicios de los carniceros en nombre de la reconciliación de las clases frente al enemigo común...

Días más tarde, varias decenas de escritores, periodistas e intelectuales son excluidos de la Unión Socialista Árabe o privados de sus derechos de expresión en la prensa; entre ellos, los más célebres, desde Tewfik el Hakim, hasta Ahmed Bhaeddine; desde Naguib Mahfuz, hasta Ibrahim

Amer y Yussef Idris, todos los cuales han firmado un manifiesto en favor de la libertad de expresión. ¿Se trata del principio de una gran purga, de un retorno a los rigores del nasserismo por parte de Sadat, quien, sin embargo, se había presentado como el hombre de la distensión, de la cotidianeidad y la autenticidad egipcia? El 22 de marzo, sin embargo, aparece en las primeras páginas de los periódicos de la capital una inmensa foto en la que se ve al Jefe del Estado estrechando alegremente la mano de Tewfik el Hakim. La sonrisa, el gesto y el porte de este último, que aparece con la cabeza cubierta por su clásica boina, dan testimonio del triunfo por él conseguido. El Saber parece benévola-

prevista de los dos ministros marxistas una apertura hacia los Estados Unidos? ¿O la esperada eliminación del ministro del Interior, Mamduh Salem, un apaciguamiento frente a los estudiantes e intelectuales?

No ha sucedido así. Porque nada verdaderamente importante puede pasar hoy en Egipto, en este país atado de pies y manos por culpa de una situación internacional que no es de paz ni es de guerra. Egipto se encuentra en esa situación debido a la vez a la intransigencia israelí y a la estrategia americana, que sólo reconoce tres fuerzas en el Oriente Medio: Israel, Arabia Saudita y el Irán. En el plano interior, la situación es igualmente confusa. Sadat ha heredado del nasseris-

## LA SEGUNDA MUERTE DE NASSER

SADAT ABANDONA TODO LO QUE HEREDA DEL RAIS PARA APOSTAR POR UN VALOR SEGURO: EL ISLAM

mente olvidarse de las inconsecuencias o abusos del Poder...

Todo hace pensar en una victoria decisiva del espíritu de tolerancia y de libertad, hasta el pie de foto publicado por «Al Ahram» (redactado por el viejo escritor y revisado —según se especifica— por el propio Jefe del Estado), donde se dice expresamente que la reconstrucción de Egipto debe ser tarea de *todos*; es preciso convocar todas las tendencias, todos los valores.

Y Mohammed Heykal nos explica: «Creo que hemos salvado aquello por lo que he luchado siempre: el derecho a la libertad de expresión...». Pasan tres días, y es entonces cuando Anuar el Sadat pronuncia su discurso, en el que ataca violentamente a quienes se dedican a importar «ideas extranjeras», que ponen en peligro la unidad nacional. Se había solamente entreabierto la puerta de hierro, mas he ahí que el mismo día en que se anuncia la formación del nuevo Gobierno, el Jefe del Estado la cierra otra vez de golpe.

En las Redacciones de los periódicos, en los cafés y salones de El Cairo hacía ya semanas que se especulaba sobre las posibles consecuencias de la crisis ministerial. ¿Significaría la proyectada expulsión del doctor Zayyat, ministro de Asuntos Exteriores, y la entrada violenta de los militares, el retorno del país a una política de enfrentamiento con Israel? ¿Significaría la salida

de la hipótesis central: nacionalización de la lucha de clases en nombre de unas tareas históricas que imponen la ficción de una sociedad unánime. Durante treinta meses, Sadat ha gobernado prudentemente, como batiéndose en retirada, la herencia nasserista, añadiendo a las ambigüedades de su glorioso predecesor las suyas propias. Ahora, Sadat se apropia de la totalidad de la herencia nasserista para inaugurar la era del sadatismo: liberándose de todo tipo de intermediarios, el Presidente se arroga plenos poderes y acumula sobre sí mismo todas las responsabilidades.

¿En qué se caracteriza el «sadatismo», según podemos deducir de la composición de este Gobierno, así como de los últimos discursos del líder? Su primera característica la constituye la eliminación de los últimos nasseristas de estricta obediencia, tales como Aziz Sedky y Sayed Marei, primer ministro y secretario general del partido único. Ambos eran hombres del círculo exterior del nasserismo, mucho menos vinculados al Rais que Ali Sabri o Charaui Gomaa, los grandes derrotados de mayo de 1971, pero representaban a esa nueva clase, a esa burguesía tecnocrática que fue una de las creaciones —de ningún modo despreciable— del período nasserista. Sedky y Marei eran producto de la ambigüedad del Rais, de cuyo «socialismo», demasiado prudente como para ser encomendado a auténticos socialis-

tas, sólo podían encargarse técnicos apolíticos o conservadores.

Segunda característica: el ascenso de una clase, o de un estrato: la de los notables de aldea, bienpensantes, musulmanes piadosos, perfectamente establecidos en sus tierras, que salieron incólumes de la reforma agraria. Ni latifundistas ni kulaks, son a la redistribución de la propiedad y de la producción agrícola en el Egipto actual lo que eran los adquirentes de bienes en la Francia de Luis Felipe. Pero estos agentes de estabilización social son también agentes de un fuerte conservadurismo intelectual y religioso. Y su ascenso al poder, que se confirma con la instalación en algunos puestos clave de hombres de su especie —Hafez Badaui, en la presidencia de la Asamblea; Ismail Osman, en la Secretaría de la organización del partido—, coincide con el reforzamiento de la autoridad religiosa: no es casualidad el que uno de los cuatro vicepresidentes del Gobierno esté encargado de los asuntos islámicos, y que se haya designado a un ministro para que se ocupe de todo lo relativo a la gran Universidad árabe del Azhar. Por otro lado, el primer vicepresidente, nuevo número dos del Régimen, es Abdelkader Hatem, cuya influencia se ha venido ejerciendo, con y después de Nasser, en el mismo sentido.

Egipto parece unirse de este modo a una gran corriente que afecta a la totalidad del Oriente Medio y que tiende a sustituir al arabismo, evasivo compañero de viaje del socialismo, por un Islam que es enemigo indefectible del comunismo. Si tenemos en cuenta la ayuda que representan la estrategia americana y los pingües beneficios de los petroleros árabes, si nos fijamos en los redoblados esfuerzos de los agentes sauditas, así como en la efervescencia de los *muftis* libaneses o libios, comprenderemos dónde sopla el viento y qué es lo que intenta barrer. Ese es el único dato que parece claro en medio de la confusión egipcia que expresa el sadatismo.

Lo importante —lo sorprendente— es que este nuevo impulso no procede de Trípoli —aun cuando la radio manipulada por Moammer Khedafi contribuya a amplificarlo— ni de los hermanos musulmanes aplastados por Nasser que hubieran resucitado, sino más bien de las capas medias de un Egipto mediocre, banal, rural, aburguesado por la reforma agraria, y que parece presa de un fenómeno de rechazo del injerto socialista. Aunque en este caso, el paciente sobrevive pacientemente, valientemente; aunque el sadatismo no ha terminado de adaptarse a las circunstancias. ■

JEAN LACOUTURE.